

cos entre los hombres. El salvaje y violento sujeto natural debe hallar descanso en el hombre; la humanidad debe ser el *placidum caput* que para calmar el furor de las olas sacó de en medio de ellas el Neptuno de Virgilio¹. Palabras dignas de atención, que el estudio de las relaciones reales ha obligado á escribir al dogmatizador de la "nueva fe... Por lo demás, STRAUSS no ha advertido que desde su punto de vista ningún motivo racional puede haber para que un hombre haya de entenderse obligado para con ninguno de sus semejantes, los cuales no son otra cosa á sus ojos sino montones de átomos que coexisten y se mueven en forma de remolino, vanos fenómenos sin realidad alguna.

Fuera de esto, STRAUSS ha dado testimonio á la verdad. Con el entendimiento conocemos verdades cuyo respeto ó cuya violación parecen á todos los hombres absolutamente buenos ó malos. Es imposible al hombre vivir como animal, esto es, reconocer los intereses animales por exclusivamente reguladores de la vida. El que de otra manera busca lo animal, tiene por fuerza que echar por tierra con el peso de la virtud intelectual, por bajo del animal irracional, á su naturaleza sensible; si ha de ser consecuente, tiene que morir asfixiado entre el fango; y toda persona racional, aun la más extraviada, debiera en momentos lúcidos llamar á semejante hombre un ser irracional. No: en el sistema de lo que está sobre los sentidos, debe buscarse aquello que debe ser para todo hombre fundamento y principio de su vida, si realmente quiere alcanzar su destino.

De todas nuestras reflexiones anteriores se sigue que todo el ser de la tierra, que todo el mundo universo en que se encuentra el hombre, á todo el que no cierre voluntariamente los ojos le muestra á Dios como á principio y fin de todas las cosas. Todo viene de Dios y todo tiende á Él. El hombre que quiera ceder al rasgo fundamental de su ser, debe esforzarse á glorificar á Dios su criador. Toda criatura debe ser por su naturaleza motivo de alabanza de su Señor. Si pues la creación toda entra en el reino de la existencia para glorificar á Dios, ¡con cuánta más razón el hombre, éste microcosmo en quien están reunidos y enervados al céntuplo las maravillas del macrocosmo, deberá honrar al Criador!

Pero el hombre no es una figura decorativa y sin voluntad; no le basta publicar con su simple existencia las alabanzas de su Señor, al modo como la estatua hace honor á su artífice. El hombre está elevado sobre toda la naturaleza y — aun sobre sus propias potencias espirituales — precisamente porque es señor de sus

¹ *La antigua y la nueva fe*, pág. 163.

propios actos. Superior á todos los seres naturales, está caracterizado por el poder de determinarse á sí mismo, por la libertad en el obrar. En esto consiste el destino propio del hombre, en reconocer con libre resolución de su voluntad su dependencia de Dios, y en expresar con libre determinación la dependencia de su ser en su total sentido y en todas sus consecuencias; lo cual hace el hombre cuando se esfuerza á corresponder á la idea divina que ilumina la conciencia.

Cuando este conocimiento de Dios se dirige á la verdadera relación que reina entre Dios y el hombre, habido respeto á la sublimidad divina, debe el hombre necesariamente ser penetrado de santa reverencia. Por más que se mueve el hombre en el círculo diario de la vida, aunque llegue á sorprender y penetrar las maravillas del cosmos, siempre y en todas partes el mundo ha de ponerle delante, en una medida proporcionada á los progresos de la cultura, que por muy elevado que esté sobre la materia, todavía está Dios mucho más elevado sobre él. Esta omnipotencia de lo infinito se ofrece en todos los reinos de la naturaleza con imponente claridad. En presencia del Criador incomprensiblemente grande del universo, siéntese el hombre penetrado de aquel temor honorífico que se espanta sobremanera ante cualquier ultraje inferido á la Majestad divina.

Pero no debe el hombre detenerse aquí. Ya hemos visto que el ser de toda criatura en su más profunda raíz depende de Dios (número 696). El hombre es todo *de* Dios; luego es también *para* Dios, es propiedad de Dios; Dios es su Señor, puede disponer de él, y al hombre corresponde el deber de investigar lo que Dios quiere de él. Como todo su ser es una irradiación de la dependencia respecto de Dios, así toda su conducta debe ser dirigida por la conciencia de su dependencia de la divina voluntad. La conformidad con la voluntad de Dios debe ser el objeto formal, la base de toda su existencia.

La reverencia que anima al hombre, es la que se debe á aquel su altísimo Señor, á quien en todos sentidos está sujeto; y conforme á lo que exige la verdad, debe ser también obediencia á Dios. En este sentido debe el hombre sobre todo someterse enteramente á la divina voluntad, no á la verdad teórica y como quien profesa el quietismo, sino práctica y activamente, contento con las disposiciones todas de la divina Providencia y procurando hacer en todo la voluntad del Padre celestial. Así como en todo lugar la voluntad de Dios reina en todo el mundo, y así como el curso de los astros y enjambres de innumerables insectos siguen las leyes que les ha puesto el Criador, así debe también la voluntad de Dios ser reconocida por todos los seres racionales, así en el cielo como

en la tierra, por un poder inviolable, y ser acatada por ley santa. La bondad divina ha sometido en cierto sentido al hombre el mundo visible; pero ella quiere que el hombre, con todo lo que le sirve, esté sujeto á Dios. Ciertó; el hombre puede y debe estimar y admirar las cosas naturales, pero estos nobles sentimientos debe, ante todo, referirlos al Autor de todas las cosas ¹. Toda excelencia criada es como una gotita comparada con aquel oceano de perfección que se contiene en la infinitad de Dios.

Si guese de nuestras reflexiones, que el mundo con sus múltiples respetos al hombre tiene en nuestros ojos una significación esencial. Hásele comparado á menudo, siguiendo á PLATÓN, con un calabozo. Pero si con esta comparación se entiende, que la morada que en él hacen los hombres, es forzada, antinatural, yérrase ciertamente. En primer lugar, nuestra vida del lado acá es camino que conduce naturalmente á nuestro fin; el mundo es un medio que nos ha preparado la Providencia, del cual debemos usar convenientemente en orden al fin de nuestra existencia. Según que la aplicación de este medio lleva consigo dificultades y peligros, nuestra existencia corpórea puede ser comparada no mal con una prisión. Mas este punto de vista platónico, sólo en segunda línea puede ser defendido. En primer término, nuestra existencia terrenal debe ser reputada por bien nuestro verdadero. Uno de los filósofos modernos más caros de la moderna cultura, ha dictado este oráculo: "Podríase volver uno loco si considerase que las infinitas formaciones, las innumerables estrellas fijas que arrojan su esplendor en el espacio inmenso, y que no tienen otro oficio que iluminar el mundo, son la escena de la necesidad y del dolor. El mundo es el verdadero infierno ²". Otros, ebrios de alegría, ven en el mundo un cielo, un Eldorado de indefectible bienandanza. Pues unos y otros yerran. El mundo no es un estado de infortunio, pero tampoco es nuestra patria; es el camino que conduce á nuestra patria definitiva; camino penoso, pero magnífico; camino en que el pesado y rico equipaje que llevamos, nos hace suspirar á cada paso por la grandeza é infinita perfección de Aquel que nos espera en el término de nuestras obras y de nuestra vida.

En todas las épocas las almas grandes cristianas han contemplado de este modo al mundo visible: lejos estaban de cierta como deificación de la naturaleza; pero no la miraban por esto con desprecio. No bien comenzó el Cristianismo á existir, cuando ya hallamos en escritores cristianos numerosas huellas de una consi-

¹ Bellamente lo dijo SAN AUGUSTIN, dirigiéndose á todo el que ama á la naturaleza: «Quomodo mundus est ille et laudandus, qui fecit ista quae amas et laudas?» (En la explicación del Ps. 145).

² СКОРЕННАГОРЬ, *Parerga y P.*, p. II, pág. 321.

deración juiciosa de la naturaleza. Cuando CLEMENTE de Roma quiere exhortar á los de Corinto al orden, paz y sumisión á Dios, háceles una preciosa descripción de la armonía que reina en la naturaleza ¹. Su carta á DIOGNETES, por la grandiosa escena de la naturaleza eleva el ánimo á la sublimidad del divino logos, por el cual Dios lo ha criado todo. Por modo semejante MINUCIO FÉLIX, BASILIO EL GRANDE, AMEROSIO, ANTONIO el anacoreta y muchos otros se valieron de las múltiples escenas de la naturaleza para subir de la consideración de ellas á la ferviente alabanza y adoración del Criador. Con razón se ha notado que los piadosos monjes construían sus claustros comunmente en lugares donde algún magnífico panorama les convidaba á celebrar las divinas alabanzas. ¿Quién ignora aquella ardiente devoción con que San Francisco de Asís era arrebatado al aspecto de las flores ó de algún pajarito? El biógrafo de San Pedro Alcántara refiere de él, que todo lo que veía en la naturaleza, elevaba y daba alas á su piedad.

Cosas semejantes leemos en la vida de los santos, y podemos observar en la vida de los cristianos fieles á sus creencias. Estos hallan á Dios en todas las cosas, y mediante una santa y pura consideración de la naturaleza se sienten vigorosamente inclinados á su Dios y Criador.

Pero la sola consideración no hace nada. Demás de esto podemos y debemos emplear en servicio nuestro las fuerzas de la naturaleza; podemos hacer que los vagones recorran los rails y la palabra los hilos metálicos; cosa es conforme con el orden, que procuremos hacer nuevas invenciones y nuevos descubrimientos; pues Dios nuestro Señor nos ha dado el mundo para que usemos de él, y hános puesto á la naturaleza delante de los ojos. El hombre no es solamente un ser natural, pero tampoco es espíritu puro; es espiritual en cosa sensible (n. 452). El objeto que corresponde á la voluntad humana, es, por consiguiente, lo racional en lo sensible; la Ética en la existencia natural; lo invisible en lo visible; lo eterno en lo temporal; los bienes del espíritu con los intereses terrenos á que solicita el apetito; lo ideal en lo material; el Criador en las criaturas visibles; Dios en el mundo. Debemos investigar la naturaleza: ninguna de sus cosas parece tan ruin ni estrella alguna tan lejos, que no pueda entrar en el dominio de nuestra investigación, ó cuyos movimientos y distancia se sustraigan al cálculo. Todo son huellas que levantan el ánimo á Dios; todo nos enseña el conocimiento de Dios. Así como el hombre debe con-

¹ 1. Cor. 13:20.

sentir en ser gobernado por Dios, así debe él dominar en la naturaleza y servirse de ella como medio para alcanzar su alto destino.

Pero la naturaleza, repetimos, no ofrece el descanso de la patria; antes es mucho lo que nos ofrece, en lo cual la existencia terrena parece como una *prueba*.

El hombre acá abajo se halla colocado en un campo de batalla; no hay día ninguno de su vida que no le pongan esto delante. Aunque como ser espiritual puede contemplar y apetecer los bienes del espíritu, siéntese sumergido en la sensibilidad animal; es, por tanto, un ser natural, y no obstante descuella sobre toda la naturaleza visible. De este dualismo de su ser se sigue naturalmente un como doble desenvolvimiento. Dos sollicitaciones oye él en su interior, y otras sollicitaciones le vienen de fuera. Si quiere, puede dejar el camino que le conduce á su destino; si quiere, puede buscar alguna entrada fija á las conveniencias del camino; puede también perder el camino. El mundo, con la afluencia de sus bienes y de sus ofertas, no solamente habla á su razón para mostrarle el camino recto, sino también á su sensibilidad; y el hombre se siente tentado á despojar á las relaciones en sí legítimas del mundo á su naturaleza sensible su carácter de subordinación, y en lugar de servirse de ellas como medio, presentarlas como sumo bien á su impaciente aunque noble corazón en concepto de goce y bien supremo. De esta suerte, las relaciones que le sujetan al mundo visible, se le tornan en seductoras voces de sirena, en horribles peligros. ¡Ay del infeliz que con todo el peso de su deseo á la felicidad infinita, se entrega á las cosas de este mundo! Porque ese habrá de disparar la hijuela y nobleza de la casa paterna para correr en pos de inmundos deleites.

Pero aun sin tener en cuenta esta brevedad y caducidad de las cosas terrenas, esta situación es imposible que constituya un estado permanente; no es ningún fin ni término, sino es movimiento hacia el fin, el camino que ha de seguirse para llegar á un estado permanente. Es un combate por el bien, que debemos librar para poder llegar á la posesión del bien sumo; es una prueba á que el hombre está sometido; en sus manos está la manera de llegar á su destino; mediante la fidelidad de su libre voluntad ha de alcanzar aquel fin perdurable para que ha sido criado por Dios. Por eso ha de tener presente, ante todo, aquella voz que le dice: *¡Sálvate, salva tu alma!* Es necesario que tenga constantemente bajo su señorío las inclinaciones del espíritu y del corazón, y aun aquellos movimientos que no son malos de suyo, no sea que, extraños al freno, en el momento decisivo arrastren al hombre á su ruina.

714. Pero séanos permitido hacer un paréntesis antes de ir más allá por este camino.

En la atmósfera de la ciencia moderna no hay cosa más frecuente que ver el supremo fin del hombre en una manera cualquiera de conducta moral. Los que rechazan toda moral, son excepciones muy raras. Esa ciencia admite y quiere á la Ética, pero separando á la moral de la verdad que hemos considerado, de las relaciones que tenemos con Dios, busca el fundamento de la ley moral en las relaciones humanas, y cree contemplar en la naturaleza el sumo poder legislador, la causa primera y final de esta ley.

Pero quien conserve su sano juicio, comprenderá y reconocerá al punto cuán errados son esos conceptos, y con cuánta razón enseña la Filosofía antigua que la moral sólo puede concebirse surgiendo de nuestras relaciones con Dios.

Porque si así no fuera, ¿dónde podrían descansar los preceptos morales impuestos á la voluntad mediante la razón? No en la ley natural, tomada en el sentido de las ciencias naturales, pues dichos preceptos no son ninguna necesidad física; ni en cierta resolución de la voluntad humana, pues la moral es superior á todos los movimientos de la voluntad y de la parte sensitiva, que á veces hasta condena. Es asimismo imposible que la moral se funde en meras conveniencias y prácticas, pues estas prácticas y conveniencias se mudan según los tiempos y lugares, mientras que el primer fundamento de la moral (en medio de la variedad de sus aplicaciones), considerado en sí, subsiste inmutable en todos los hombres de todos los tiempos. Con frecuencia han errado los hombres, teniendo por moralmente buenos y lícitos actos moralmente malos; pero sobre la diferencia fundamental entre el bien y el mal moral siempre han estado de acuerdo todos los seres racionales. Debe, por consiguiente, haber una norma fija en que se funde esta diferencia. ¿Dónde está esa norma?

Por una parte (los materialistas) se quiere poner esta norma en el interés innato en todos los hombres, según el cual una cosa es fundamentalmente buena ó mala según produzca utilidad ó perjuicio. Aunque en general es cierto que todo lo bueno lleva consigo alguna ventaja, y que todo lo malo es, por lo mismo, dañoso; sin embargo, cualquiera nota que estos conceptos son por completo diferentes é independientes entre sí. Si el provecho de cada uno fuera el fundamento de la moralidad, sucedería, mil veces contra una, que el robo, el asesinato, la traición serían moralmente lícitos siempre que tales acciones reportaran alguna utilidad, y que quien las ejecutara, se sustrajera al peligro de caer en manos de la policía. ¡Cuántas veces procede la moral contra las pretensiones del egoísmo y pone freno á sus movimientos, y aun le exige los más duros sacrificios! En todas las cosas reflexiona el hombre, no en el propio ó ajeno provecho, sino en si están prohibidas como

malas ó permitidas en razón de ser buenas. Aun prescindiendo de todos los bienes que pueden seguirse de una buena acción, el que la ejecuta gusta de cierta satisfacción interior, que muchas veces no busca, así como, aunque prescinda de todos los males que lleva consigo el pecado, síguense á las malas obras remordimiento, intranquilidad y dolor. La Razón es, pues, la que notifica al hombre, contemplándolos en su propia naturaleza, los preceptos de la Ética.

Por otra parte (los que se inclinan al panteísmo) se quiere estribar en la razón, que realmente nos manifiesta y promulga la norma de lo bueno, y considerarla como la suprema legisladora en los dominios de la Ética. De donde se sigue que la voluntad debe someterse á la ley que la razón le prescribe, sólo porque se la prescribe, con exclusión de cualquier otro motivo. Si así fuera, la razón humana sería legisladora de sí misma, autónoma: ella sería el mismo Ser Supremo. Pero los partidarios de esta doctrina olvidan que la norma de la moralidad, no sólo indica lo que ha de hacerse, sino que lo *manda* y *prescribe* y aun lo *exige* con santa majestad (núm. 441). Sin duda puede la razón humana decir á la voluntad: Si quieres alcanzar tal fin, debes emplear tales medios; pero la razón no puede por sí imponer cosa alguna á la voluntad con necesidad absolutamente obligatoria. Aquel poder de donde procede la norma y razón de obligar de la moral, se nos revela superior á nosotros, como santo, absoluto, como un poder del que todas las cosas dependen: este poder es Dios. Si vamos contra este poder, luego vemos turbado, cuanto es de nuestra parte, el orden fundamental del mundo entero, renunciando así á nuestro dichoso destino y labrándonos con nuestras manos una desventura infinita.

Dios es, pues, sólo Dios, el autor de ese santo imperativo que está en nuestra misma naturaleza. Nunca pudo dejar de conocer esta verdad el mismo J. J. ROUSSEAU: "Algunos, dice, quisieran poner el fundamento de la virtud en la sola razón; pero yo confieso que no veo fuera de la Religión ningún fundamento sólido de la moralidad. Si no existe Dios, entonces discurre con razón el malvado cuando refiere todas las cosas á sí propio, como á centro de todas ellas... El concepto de obligación nos dice con toda claridad, que no puede haber vínculo obligatorio alguno fuera de la necesidad moral de querer el bien absoluto como fin de nuestra naturaleza. Ya hemos visto que el bien absoluto á que debemos aspirar, está en Dios. Toda obligación, toda necesidad moral nace de que se muestra como Señor en el fondo de nuestra conciencia moral, un poder sumo y absoluto. ¿Mas qué otra cosa puede ser este poder sumo y absoluto, sino la voluntad de Dios? Así como en el

mundo corpóreo las leyes naturales, por las cuales todos los efectos concurren necesariamente á un fin supremo, proceden de la voluntad omnisciente y omnipotente de Dios, así en el mundo espiritual, para los seres racionales, la ley moralmente obligatoria consiste en que la voluntad de Dios quiere y espera que se cumpla lo que esta ley prescribe. Dios quiere, pero no hace violencia, porque respeta la libertad que concedió á su criatura. Cuando Dios crió los seres racionales, criólos necesariamente seres morales; criar seres racionales y no darles una ley moral, sería dotarlos de conocimiento y voluntad poderosa, pero sin aquellas ideas de las cuales nacen en nosotros la conciencia y los preceptos morales. Si Dios hubiera criado seres racionales sin ley moral, habría equivalido su obra á criar fuerzas en la naturaleza sin ley que las rigiera, obrando ellas al acaso unas contra otras. Pero Dios, en virtud de su sabiduría y santidad, debe querer necesariamente aquel orden según el cual cada una de las criaturas le está sometida en la manera que corresponde; sólo puede querer á las criaturas á causa de sí mismo, esto es, en cuanto ellas manifiestan su esencia. Por esta razón los seres inteligentes están sometidos al Ser Supremo, porque ellos por su libre determinación se someten á su voluntad, y de esta manera son semejantes á él por la bondad moral que libremente ejecutan. En aquel querer necesaria y esencialmente el orden fundado en la naturaleza de las criaturas, está contenido, pues, el querer el orden moral.

Mírese esta cuestión del lado que se quiera, siempre será preciso reconocer que la conservación del orden moral se funda en un solo punto: en que Dios, por su voluntad santísima, es el centro de la creación y el término de todos los seres criados, y en que Dios manda á todos los seres racionales que sometan su voluntad á la suya. La voluntad moralmente buena no es en el fondo sino obediencia; la moralidad no es sino la sumisión á la voluntad de Dios.

Contra esta doctrina protesta la ciencia enemiga de Dios, diciendo que si el hombre en último término es inducido á obrar, no por su propia razón, sino por la voluntad de otro ser, no es autónomo é independiente, y que la independencia es precisamente lo que da valor propio á las obras moralmente buenas. El hombre debe ser, pues, fin de sí mismo.

¡Fin de sí mismo! Sin duda lo es en cierto modo cuando pone los ojos en un fin próximo y no en el fin último. Ocupe el hombre, mediante sus acciones deliberadas, el lugar que le está destinado, no sólo temporalmente en el estrecho círculo de la vida terrena, sino con relación al conjunto de la creación, y llenará de esta

suerte el lugar que le corresponde en el orden del universo. Así como una piedra destinada á un gran edificio recibe su próximo destino cuando se le da la forma que debe tener, así el hombre debe cifrar en su profesión moral el fin próximo de sus aspiraciones. En este concepto, es fin para sí mismo. Más aún: en su pecho resuena la voz de su íntima naturaleza; su corazón siente el deseo de alcanzar una felicidad que nunca se acaba, la cual espera obtener á consecuencia del buen uso de su libertad; él la prosigue sometiéndose voluntariamente á su Criador. También aquí se echa de ver una cierta manera de ser fin de sí mismo.

El hombre, por consiguiente, posee en su propia perfección y felicidad el fin próximo de su existencia, y, por esta razón, no es el hombre fin de sí mismo en el sentido estricto de esta palabra. De esta verdad se convencerá todo el que considere que él no es el bien sumo, y que debe subordinarse á otro. Según el grado que tiene en el orden del mundo, debe servir, conforme á su naturaleza, al fin de toda la creación, que es la glorificación del Criador, á la cual habrá también de contribuir cuando por su propia culpa se vea privado de su fin próximo, de su propia perfección y felicidad. Ciertamente, depende de él vivir eternamente y ser dichoso, sometiéndose voluntariamente á Dios; pero no por esto depende de la criatura racional estar subordinada al Criador. Si quiere, puede ir contra el fin supremo, y, por tanto, dejar de conseguir el fin subordinado, ó sea su propia felicidad; pero aun oponiéndose al fin supremo, permanece sujeto á él. Así, en la naturaleza ciertas fuerzas determinadas, verbigracia, en una planta, no cumplen el fin para que han sido criadas, por ejemplo, la planta no da fruto, porque sobreviene alguna causa que se lo impide; sin embargo, de tal modo está dispuesta la naturaleza, que no por eso dejan de servir de otra manera dichas fuerzas al conjunto de los seres.

Esto mismo sucede á los hombres¹. Dios los ha criado á todos para que sean dichosos; si por su culpa ponen ellos algún impedimento á su salud, Dios cumple de otro modo en ellos lo que su divina perfección exige. Sus criaturas inteligentes pueden oponerse á la acción del poder moral, por cuyo medio quiere Dios perfeccionarlas; cuando no quieren dar gloria á Dios en la propia dicha, como realmente deben, tienen que contribuir de otra manera al fin del universo; pues no sólo manifiestan la grandeza y santidad del Criador la gloria y felicidad de los buenos, sino también la humillación y los tormentos de los malos, que se oponen orgullosos á su Dios y Señor.

El hombre, en suma, no es á causa de sí mismo, pues el existir

¹ S. THOMAS, *Quæst. disp.*, q. 25, de creat., a. 2.

por sí mismo pertenece sólo á Dios. Sólo Dios es sumo bien para sí mismo, y por esta razón es perfecto y dichoso por sí mismo: Él sólo es por sí mismo. Si el hombre fuera fin de sí mismo, todo lo que está en relación con él, debería estarle subordinado, esto es, debería contribuir á la perfección como él quisiera, y él debería ser tan perfecto, que no estuviera sujeto á ningún ser superior á él. Pero esto pugna con la realidad, y se opone á la naturaleza de las criaturas. Un ser que existe y vive por la voluntad del Criador, tiene que recibir su destino de esta misma voluntad. Si fuera la propia perfección de un ser inteligente su fin sumo y último, este ser sería en su esfera, en el círculo de las cosas subordinadas á él, señor independiente; no solamente caería por tierra la soberanía de Dios sobre las criaturas, sino que el hombre viviría separado de su Criador ó querría someterle á él.

Después de estas observaciones fácil será determinar qué deba entenderse por el "fin de sí mismo", por la soñada "autonomía", de los adversarios. El hombre obra indiscutiblemente como ser subsistente; obra conociéndose á sí mismo como causa, y causa libre, de sus actos; pero así como no puede conocer su ser sin conocerse como ser condicional y necesitado de llegar á la perfección mediante otro ser superior á él, así tampoco puede tener conciencia de su libertad sin ver en ella un poder limitado, sujeto á otro poder, que es ilimitado y superior á él. De aquí que, junto con el conocimiento de la propia subsistencia, se dé la dependencia y la sumisión en los actos que libremente ejecuta el hombre. Su libertad externa, esto es, el poder poner por obra lo que quiere, se ve por todas partes limitada por la naturaleza; su libertad interna, esto es, el poder querer ó no querer, ó querer una cosa ú otra, está limitada de un modo semejante en la conciencia por leyes morales que la ligan, no con necesidad física, sino con necesidad obligatoria. El hombre puede pasar estos límites; pero substraerse al poder que está sobre él en esas leyes, no puede; y si por ventura se opone á él, tiene que reconocer su santidad, condenarse á sí mismo y tenerse por digno de castigo.

Ni aun en el caso en que su voluntad y sus obras coincidan con el orden moral, puede el hombre considerarse á sí mismo como último principio de sus obras moralmente buenas. Esta buena voluntad es ciertamente voluntad suya en cuanto es resultado de su propia resolución; pero mediante esta resolución, pone en movimiento fuerzas que él no se ha dado á sí mismo, y ni aun este movimiento de fuerzas parte de él, ni se completa solo por él. Esta buena voluntad es voluntad suya en cuanto tiende á su propia perfección; pero perfeccionándose á sí mismo, se siente dominado por una norma de valor absoluto, que está sobre él, y en la cual no

puede él mudar nada. Siente el bien absoluto como un verdadero poder al cual está sometido, poder que le atrae con respeto y amor; del agente racional depende seguir esta noble inspiración y llamamiento, pero todo el bien que hay en su voluntad, tiene su fundamento en Aquel "de cuya abundancia todos hemos recibido",¹.

Si en oposición á este concepto tradicional se convierte al hombre en último fundamento de la ley moral, lo que se hace es poner al hombre sobre la ley, y querer que el hombre la siga exclusivamente porque quiere y sólo mientras quiera seguirla. Si la ley se hace incómoda, él buscará dispensas que se la hagan fácil; porque ¿á quien tendría que temer? En el caso más favorable, semejante moral sólo tiene la importancia de una costumbre útil, de una convención de la cual puede uno eximirse cuando quiera. Así venimos á dar en una moral que en nada se aventaja á la moral materialista, en un escepticismo práctico, en una moral aparente, en un manto bajo el cual se puede ocultar toda corrupción.

En ninguna parte, en toda la naturaleza, habla Dios con más claridad que en nuestra propia conciencia. No hay cosa más funesta que la falsificación de la conciencia, fundamento de la Ética. La moralidad en los labios y la supresión de la moralidad en el pensamiento es uno de los más espantosos abusos del más santo de los conceptos, con que la ciencia moderna se ha puesto en la frente la marca infamante de la blasfemia. ¿Cómo si lo que es divino estuviera ordenado á cubrir la miseria de los hombres corrompidos!

¶ 15. Hemos dicho repetidas veces que también es la felicidad el destino del hombre. Las mismas criaturas irracionales sienten un impulso invencible al bienestar; pero en la región de la vida de la razón, este impulso, á consecuencia del conocimiento que tiene el hombre de sí mismo, se torna en un deseo determinado de aquel estado perfecto que llamamos *felicidad*. El deseo de la felicidad es natural en el hombre. Aunque pueda prescindir de él en algunos actos de puro amor de Dios, á la larga no puede substraerse al influjo de este deseo. El hombre tiene conciencia de su libertad; por lo cual le es natural esperar esta felicidad mediante el buen uso de su libertad misma.

El deseo de la felicidad existe, en efecto, en el hombre; pero ¿le es lícito aspirar á alcanzarla? ¿Dónde podremos hallar la felicidad?

KANT nos prohíbe todo lo que sea mirar á nuestra propia felicidad; es tal su rigidez, que quiere que sea excluido de la moralidad todo deseo del bien subjetivo. Si hubiera exigido que el deseo de felicidad conservase siempre un carácter secundario, y que nunca fuera lícito separar de un modo formal el respecto á la voluntad

¹ Véase á KLEUTGEN, *Defensa de la Teología antigua* (en alemán), I, n. 387.

de Dios del deseo de la felicidad, ó que se subordinara este deseo á la voluntad de Dios, con razón habría dispuesto sus armas contra un exagerado eudemonismo. Pero tratar de excluir el respecto á nuestra felicidad, es desconocer la naturaleza de todo querer. Lo que es en sí bueno, pero no tiene relación alguna con nosotros, podemos, ciertamente, contemplarlo con frío aprecio y pasiva admiración, pero no podemos querer enteramente aquello que no es bueno para nosotros ni nos hace dichosos bajo el respecto con que lo miramos. Así, pues, en la virtud es necesario un impulso hacia algo que se nos muestre bueno y agradable respecto de nosotros, algo que nos guíe á la felicidad. El deseo de la felicidad, como hemos dicho, existe efectivamente, y no debemos desconocer este hecho. ¿Pero dónde hallará el hombre su felicidad?

Es una verdad trivial, en cuya demostración no hay para qué detenerse, que en toda la duración de la vida terrena no se ofrece al hombre objeto alguno que satisfaga su anhelo de felicidad. Si fuera preciso declarar este hecho, los pesimistas de nuestro siglo nos ahorrarian este trabajo, especialmente SCHOPENHAUER, y más aún HARTMANN, quien se expresa muy enérgicamente con estas palabras: "En la realización de su fin, la voluntad individual, de suyo muy limitada, sufre la intervención del organismo físico, cuyas fuerzas la estrechan y le imponen la ley; y así, cuando él cree estar cerca de su fin, faltanle repentinamente las fuerzas, porque una enfermedad las paraliza ó porque la edad las consume, y en último término, la muerte viene á defraudar toda tendencia á la felicidad individual, con que parece una burla la creencia en la bienandanza final del humano individuo. Aun en el caso en que se reunan las circunstancias interiores y exteriores más favorables que pueden darse en favor de la satisfacción de los deseos de la voluntad humana, sucede que la dicha tanto más huye del hombre, cuanto más cerca parece que estamos de alcanzarla, porque no puede la voluntad, según su naturaleza, satisfacerse con la posesión de éste ó aquél fin: lo que creía más digno de su amor, párecelle miserable y exiguo después que ha llegado á poseerlo, y nuevos objetos la atraen y la excitan á continuar la lucha. Aunque la felicidad fuera el fin de la vida humana, no sería digna de vivirse esta vida; á pesar de todas las satisfacciones que ofrece á los sentidos, al corazón y al entendimiento, aun para los más favorecidos sería la vida enorme engaño,¹. Todo es muy cierto si se mira esta vida fugitiva con todos sus miserables placeres y atractivos como el fin del hombre, y no como camino de otra vida más perfecta y bienaventurada.

¹ *La religión del espíritu*, 1892, pág. 180 del orig. alemán.

Trabaja nuestro siglo con febril violencia por convertir á la tierra en un Eldorado ó en un cielo de felicidad para los hombres. ¡Trabajo trágicamente doloroso! "Todos los medios de alcanzar el bien y la felicidad, dice KIRCHMANN¹, se han aumentado extraordinariamente en nuestros días; aun las clases más humildes están en situación mucho mejor que en otros tiempos tocante á la habitación, al sustento, al vestido y á la satisfacción de otras necesidades. Lo mismo sucede respecto á las necesidades del ánimo; las ciencias han hecho admirables progresos y los conocimientos se han difundido mucho más que antes por todas las clases. En esto se funda el juicio que por doquiera suele oírse acerca del progreso de los tiempos. Sólo se olvida que esta posesión no es más que un factor de la felicidad, el cual no da resultado ninguno si no se junta con un segundo factor ó elemento, que es la capacidad para recibir el primero. El hombre que está harto, no recibe satisfacción ninguna comiendo delicados manjares. El esquimal, en medio de los goces de París, anhela el manjar mezclado con aceite de ballena. Habiendo dos factores que concurren á producir el goce y la felicidad, muestra la observación que sobre este punto existen dos leyes dignas de atención. La una es que á medida que se aumentan los bienes, se disminuye la capacidad para disfrutarlos. Así se explica la dificultad de contentar á personas regaladas. A aquel que es invitado diariamente á asistir en reuniones y saraos, pronto llegan á serle indiferentes tales invitaciones. Un Oficial que ya haya sido condecorado diez veces, al obtener la undécima condecoración no recibe tanto placer como el que recibió la vez primera. Aficionados á la música se conocen, para quienes no hay cosa que les fastidie tanto como un concierto. El sabio nunca halla en las obras que escribe en la edad madura el encanto que le ofrecían las pruebas de sus primeros escritos. La segunda ley es esta: con el aumento de los bienes coincide el aumento de susceptibilidad respecto del dolor. Al sibarita de la antigüedad le era imposible conciliar el sueño, si por ventura había alguna hoja de rosa en su lecho. El dulce más delicado no le gusta al gloton si el confitero ha omitido algún detalle, aunque sea insignificante, al hacerlo. Una diva aplaudida por el público, de tal manera se altera cuando alguna vez se le niegan los aplausos, que hasta dice al público mil necedades. Siendo la felicidad el producto de dos factores, cada uno de los cuales desciende en la misma proporción en que el otro sube, se da este resultado, digno de notarse: que en condiciones algo duraderas la multitud de los bienes no tienen influjo alguno en el fondo de la dicha."

¹ Citado en DUBOIS, *Optimismo*, pág. 246.

Por estas palabras podemos imaginar cómo habrán de ver las relaciones de la vida terrena los hombres de mundo, que no miran lo que les rodea por un prisma negro, sino color de rosa, y qué cálculos formarán acerca de ella. ¡Qué cálculo tan deplorable, y qué idea tan triste se debe tener de los hombres cuando el cálculo se cifra en tales bagatelas, como si se pensara que con ellas hubiera de satisfacerse el anhelo del corazón humano! J. H. DE KIRCHMANN supone que la satisfacción terrena no aumenta la hartura, sino sólo añade un exceso de ella, que embota y hasta engendra disgusto. Cualquiera que conozca la realidad de la vida, se verá obligado á darle la razón á KIRCHMANN. Pero supongamos que no la tiene; que todas las invitaciones que recibe una persona para asistir á reuniones agradables, le causan siempre el mismo efecto, y está muy favorecida constantemente con ellas; que el oficial tiene tanto placer con la centésima condecoración como con la primera; que el aficionado asiste á los conciertos siempre con el mismo interés; que el sibarita puede soportar en su lecho, no ya hojas de rosa, sino hojas de col. ¿Qué se deduciría de todo esto? ¿Sería en este caso el hombre enteramente feliz? De ningún modo, antes conocería en lo íntimo de su ser, que estas bagatelas, ya estuvieran rodeadas de brillante ropaje, ya fueran arrastradas por el lodo, serían incapaces para saciar la sed infinita de felicidad que experimenta el corazón humano. No: la felicidad no puede hallarse en estas cosas. Aunque la sociedad se estableciera de modo que todas las exigencias de la naturaleza humana estuvieran perfectamente atendidas, como lo están las de los animales de un estable bien ordenado, todos los hombres advertirían que la tierra es demasiado pequeña, demasiado miserable y fugaz para satisfacer al espíritu humano.

Todas las cosas del mundo recuerdan al hombre que la tierra no es para él lugar permanente; que el hombre, semejante á un viajero, está sujeto á las mudanzas del tiempo; que no puede detenerse hasta que llega á las obscuras puertas de la muerte. Por esta razón siempre se ha elevado por cima de la tierra este anhelo del corazón humano, creyéndose que el orden magnífico de este mundo pasajero indica otro orden más magnífico aún, una eternidad que siempre ha de durar. También se opone la ciencia moderna á esta convicción de la humanidad, privándola de este consuelo, procurando persuadirla á que la vida futura es pura ilusión.

■ 16. Hemos recordado anteriormente (n. 453) que PLATÓN defendió con ardiente entusiasmo la inmortalidad del alma humana y la existencia de una vida futura. En la parte esencial sacó esta doctrina de la conciencia humana *ab immemoriali*, si bien él la vistió con la forma de su filosofía. Allí arriba, donde las ideas do-

minan con eterno poder y magnificencia, allí está la vida celestial, la patria de nuestra alma, vida con la cual está en abierta oposición esta vida terrena con sus penas é imperfecciones. Removiendo de esta doctrina la forma de que está revestida, queda en el fondo de ella una verdad de suma importancia y trascendencia. No es necesario recordar que ARISTÓTELES profesa también la doctrina de la existencia de otra vida. Esta doctrina es patrimonio de la humanidad; es el término del pensamiento y del deseo del hombre; sólo aquellos hombres que, siguiendo intereses animales, se han apartado interiormente del fin de una existencia propia del hombre, procuran con todas sus fuerzas borrar de su corazón este conocimiento.

«La virtud lucha en pro de sí misma con todos sus amigos;
El vicio mira la lucha y se pasa al enemigo.» (U2)

La incorruptibilidad é inmortalidad del alma se deduce de su inmaterialidad, de su espiritualidad (núm. 449). Mas ahora se pregunta: ¿subsistirá y vivirá realmente en la otra vida? Esta pregunta pertenece á la Psicología metafísica. Las catedrales se elevan á alturas que no están al alcance de la mano del espectador; así se eleva el edificio, cuyo piso inferior es la Filosofía natural, á regiones que no están contenidas en la Filosofía de la naturaleza. El que quiere abarcar la construcción terrena, no puede levantar sus miradas sobre estos límites á la parte alta del edificio; pues sólo en el todo encuentra la explicación satisfactoria de las partes. Las partes aisladamente consideradas son un enigma, cuya solución está en el todo.

El principio de la vida humana es, por su naturaleza, racional, simple é inmaterial. En su esencia no hay cosa alguna por la cual deba perecer. Dios puede, sin duda alguna, aniquilar el alma; pero ¿la reducirá á la nada? ¿No respetará el Criador del alma humana la naturaleza que él mismo le ha dado?

El alma humana está animada de aquel impulso moral que es de importancia decisiva aun para los intereses materiales de esta vida, pero que se eleva infinitamente sobre todas sus exigencias. El hombre siente impulsos á las artes y á las ciencias, pero aún más á la perfección moral. Tiene en sí una luz interior, oye una voz que le conduce á su destino en esta vida. Conoce el mal moral que debe huir sobre todo, como su propio mal; y el bien moral que ha de procurar sobre todas las cosas, como su propio bien. Hacia este ideal se siente atraído con santo poder, aunque la voluntad se oponga, aunque el mundo se hubiera de hacer pedazos sobre él. El animal, por su parte, obra asimismo conforme á cierto orden, pero sin poder elegir, conducido por un impulso

ciego, ordenado á su fin; fáltale la idea del deber y de la moralidad. Sólo el hombre tiene conocimiento del deber moral; sólo él tiene conciencia. Sólo cuando sigue la voz de la conciencia cumple su destino y es bueno. «En los animales vemos desarrollarse varias facultades; pero en ninguno hallamos facultades cuyo fin vaya más allá de la satisfacción de sus necesidades orgánicas, más allá de su conservación terrena; en ninguno hallamos impulsos á una perfección superior, ni el sentimiento del deber y de la virtud, ni huella alguna del conocimiento de una existencia superior. En el hombre, por el contrario, hay facultades cuyo objeto principal no es la satisfacción de necesidades corporales y temporales, antes se echa de ver claramente que están dispuestas para conseguir un fin noble y elevado. En el hombre todo está ordenado para que su espíritu se ejercite, para que aspire á una perfección moral, para que reconozca y adore á un sumo Ser que en sus admirables designios le ha dejado entrever en esta vida un ideal que sólo puede alcanzarse más allá de los límites de la materia.»¹

Siguese de aquí que el deseo de felicidad del corazón humano está unido con la moción de la conciencia. Exige el orden que todos los seres hallen su reposo en la consecución de su fin. Así como la naturaleza inclina á los seres á aquellas cosas en que consiste su fin, así las impulsa á este descanso y satisfacción, la cual es en los hombres aquel deseo de felicidad, no menos natural que la instigación de la conciencia á la perfección moral. Pero sucede que en esta vida temporal no está unida con el cumplimiento del orden moral aquella satisfacción que llena por completo el corazón del hombre, de suerte que éste quede en completo reposo. Si no hubiera otra vida donde gozar de esta dicha y satisfacción como resultado de la conducta moral, habría en la naturaleza humana una contradicción fundamental. Por una parte, la naturaleza (ó más bien el Autor de ella) impulsaría al hombre á satisfacer en esta vida su deseo ilimitado de felicidad, mediante la adquisición de aquellas cosas que se le ofrecen como bienes, y al mismo tiempo le apartaría de ellas por medio de la voz de la conciencia, lo que sería una miserable burla.

No; la creación, debemos decir con un escritor moderno, no se burla del ser más noble que ella misma ha producido; lo más excelente que yo tengo no me ha sido dado para inútil tormento. Las plantas no saben qué cosa es sentir, porque no han sido criadas para sentir; los animales no saben nada de justicia y felicidad, porque su destino no es ese; pero en el espíritu humano son

¹ SCHRODER VAN DER KOLK, *Relación del alma con el cuerpo*. Traunschw., 1865, pág. 101.

estas ideas un bien natural, una necesidad indiscutible: estas ideas tienen porvenir; han de realizarse. "O el Criador se ha equivocado, dice HERDER, en el fin que nos ha puesto y en la organización que tan artísticamente nos ha dado para alcanzarlo, ó este fin está por cima de nuestra existencia, y la tierra es sólo un lugar de ejercicio y de preparación.¹ En este mismo sentido, JUAN PABLO (citado en Duboc) pronunció estas conmovedoras palabras sobre el sepulcro de HERDER: "Si no hay inmortalidad, toda la vida actual es solamente un crepúsculo que precede á la noche, y no crepúsculo matutino; el noble espíritu va juntamente con el cuerpo á la caja y á la fosa. ¡Oh! no sé por qué á impulso de la desesperación no hacemos entonces ante el sepulcro de los grandes hombres lo que los pueblos antiguos y salvajes hacen impulsados por la esperanza; no sé cómo no nos enterramos con aquellos en el sepulcro, así como éstos se entierran con sus príncipes, para que espire el movimiento del corazón, que sólo quiere latir por algo divino y eterno."²

El hombre siente un poderoso impulso que le eleva sobre la naturaleza animal y perecedera; que le obliga á pensar, á querer, á dirigir sus esfuerzos hacia las cosas de la eternidad; si no hubiera eternidad, sería la vida humana una comedia horrible. Mientras que la naturaleza da á todas sus obras un fin que corresponde á sus principios, sólo las ideas y acciones elevadas para las cuales ha sido criado el hombre, yacerían en el polvo, ó por mejor decir, tendrían que ser arrojadas á una cloaca. Toda la vida actual forma un comienzo, una interrogación á la que solo puede responder la eternidad. El término de la vida actual ofrece violentas disonancias, como se reconoce hasta la saciedad por los empíricos de hoy. "Cuando el hombre aplica la vara de la justicia de su conciencia personal, immanente y natural en él, á su propia experiencia y á las relaciones sociales que se le ofrecen, se convence de que en este mundo suceden irritantes injusticias, y de que estas injusticias quedan impunes. A la inocencia y nobleza de ánimo vésele padecer y morir, mientras que la maldad y la vileza viven y gozan en la abundancia, y mientras que la injusticia triunfa del modesto derecho á cuya defensa nadie acude. Por esta razón el sentimiento moral, herido en lo más vivo, enferma mortalmente, y desea, exige absolutamente una compensación, una expiación, un juez supremo."³

Lo cual no sólo es un postulado del corazón, sino también del entendimiento. Y si en general el entendimiento humano se

¹ Ideas para la historia de la humanidad, Col. W., part. IV., pág. 231.

² LIEBMAN, Análisis de la realidad, pág. 613.

aplica á alguna realidad objetiva que se le ofrece, á algo real que aparece objetivamente en el entendimiento, entonces es cosa cierta que hemos de habernos, aun en el caso anterior, con una verdad claramente conocida, con una vida ulterior que realmente se nos muestra. En sentido contrario protesta el moderno idealismo, y piensa que un convencimiento meramente subjetivo cumple aquel postulado, que un mundo ulterior imaginario "da riquísimo alimento á las esperanzas del corazón humano, según que la humana fantasía esté dispuesta á presentárselo conforme á las necesidades del ánimo."¹ Así el profesor SCHULZE. Con razón observa el semi-materialista CARNERI, que "para nosotros es mas que dudoso que una esperanza tan poco fundada satisfaga verdaderamente á los que están necesitados de fé....; el corazón anhela por la certidumbre....; entre todos los estados del ánimo el más miserable es el de la duda."² Y contra SCHULZE dice con razón el mismo autor: "Para nosotros las cosas sólo son lo que quiere nuestro interés, lo que nos parecen; y en razón de tales tienen plena realidad. En cuanto podemos formar juicio de la vida terrenal, sus fenómenos tienen para nosotros mucho valor, y va sobre seguro aquel cuyo esfuerzo se dirige á conformarse con los mandamientos.. Omite este escritor que esta vida, ante los que no cierran voluntariamente los ojos, es una preparación para la otra, de suerte que la vida ulterior, en que la muerte ha de introducir lo mismo al Sr. CARNERI que al Sr. SCHULZE, tiene para todos los hombres la misma plena realidad por lo menos que la vida actual. De esta manera hemos adquirido un conocimiento claro y completo de la existencia de una vida ulterior.

Esto mismo se prueba considerando las cuestiones desde otro punto de vista. Dios infinitamente sabio se ofrece ante mi razón como legislador soberano: su palabra la oigo en la voz de mi conciencia. Un legislador sabio cuida que todas sus leyes tengan la sanción correspondiente; si no hubiera otra vida ulterior, el Criador nos habría invitado en realidad á quebrantar sus leyes; y si esto fuera así, todo el mundo tendería los brazos al delirio de SCHOPPENHAUER y exclamaría con el poeta:

"Por la muerte suspiro llorando cansado de ver la fidelidad sin recompensa, la nada adornada con vanos ropajes, el mérito nacer para mendigar, el verdadero honor miserablemente falseado, y los impulsos generosos enteramente desatendidos." (SHAKESPEARE.)

Con mucha razón dice CUVIER: "Si se mira la infelicidad de la

¹ Filosofía de las ciencias naturales, II, pág. 368.

² La revista Cosmos, VII, pág. 570.

virtud y la prosperidad del vicio, se siente muy viva la necesidad de que haya un orden ulterior de cosas, pues no se comprende que el Autor de la naturaleza haya sometido á tal desorden á una parte del universo.

Además, este deseo de felicidad, conatural en el hombre considerado en sí mismo, demuestra la existencia de una vida ulterior. El deseo de todos los seres cognoscitivos está de acuerdo con su propio conocimiento. El hombre conoce el ser sin limitación alguna: de donde se deduce ser enteramente conforme con su naturaleza que él desee vivir eternamente y gozar de una felicidad perfecta. Mas ¿qué ha ofrecido nunca al hombre la vida terrena, que pueda satisfacer el íntimo anhelo que sienta por una felicidad duradera? Si buscamos acá en la tierra la verdadera dicha, sólo la hallaremos en aquellos que practican con celo y perseverancia las virtudes cristianas; pero aun esta felicidad es la del que está convencido de que el camino que sigue es el verdadero camino de su patria. Sin esto la dicha es en todas partes vana locura y amarga ilusión, mezcla de comedia y tragedia, escena de manicomio y de casa de corrección.

“Así corro desde el apetito al deleite, y en el deleite me consumo el apetito.” (GOETHE.)

“Todas las cosas se agitan y empujan á las otras por beber alguna gota de la fuente de la existencia, de donde salen ardiendo en sed.” Si la felicidad no puede hallarse aquí, debe esperarse en otra vida ulterior; pues la noble naturaleza humana no puede tener por base una mentira.

Los motivos indicados no sólo demuestran la existencia de una vida ulterior, sino la eternidad de esta vida. Lo que por naturaleza es imperecedero é indestructible, nunca puede ser destruído. Ahora bien; al anhelo del espíritu humano por una felicidad sin límites corresponde una eternidad sin fin. Cuanto más grande es la dicha, tanto es mayor el dolor consiguiente al miedo de perderla. Gaus debe haber pronunciado alguna vez estas hermosas palabras: “Hay en este mundo un gozo del entendimiento que se satisface con la ciencia, y un gozo del corazón que consiste principalmente en aliviarse mutuamente los hombres en las penalidades y trabajos de la vida. Si el pensamiento del Sumo Ser fuera dar la existencia á las criaturas de este mundo concediéndoles ochenta ó noventa años de vida para que disfrutaran de estos placeres, ese designio sería muy pequeño y miserable; pues aunque las almas vivieran ochenta años ú ochenta millones de años, todo ese tiem-

¹ Véase SANTO TOMÁS, *Summ. theol.*, I, q. 75, a. 6; *Summ. contr. gent.*, ib. II, cap. LV.

po sería un plazo que precedería al suplicio, por que al fin y al cabo habrían de perecer. Por consiguiente, al entendimiento humano, en el cual hacen impresión muchas cosas que no son demostraciones científicas (?), se impone esta verdad: que además de este mundo material, existe un sistema enteramente espiritual, más magnífico que el mundo en que vivimos, y del cual debemos participar.

La antigua filosofía ha llegado, por consiguiente, á demostrar científicamente la verdad que, después de la de la existencia de Dios y de su dominio en el mundo, es la que interesa más á la humanidad. Aunque tomando mil formas variadas, y junto con el apetito de deleites, el egoísmo haya oscurecido esta verdad, especialmente en nuestros tiempos, con supuestas indagaciones y con cavilaciones filosóficas, la verdad permanece científicamente demostrada. *Existe otra vida.* Lo que siempre sirve para satisfacer las exigencias de esta vida, pertenece á la tierra. Desnudo viene el hombre á la tierra; desnudo sale de ella. Aun el hombre más conspicuo es semejante á una pompa de jabón, á una flor, que al momento se seca y torna en polvo, á un fuego artificial que se extingue convertido en ceniza. Este es el hombre: en el sepulcro deja la cal de sus huesos; á la tierra devuelve todo lo que es de la tierra. La flor posea valor propio, el fuego tenía su destino, todo lo que sirve al hombre considerado en su parte animal, corresponde á su fin. Sus ojos ahora apagados, y sus manos descarnadas no existían inutilmente; pero tampoco existía en vano el alma del hombre criada para lo moral y lo divino, para una bienandanza sin fin. La tierra era demasiado pequeña y estrecha para ella. Cuando el hombre muere, el alma se eleva de la obscuridad de la tierra á la luz resplandeciente de la eternidad. La flor rompe la estrecha envoltura de su capullo, y, conforme á su naturaleza, se abre en la vida eterna.

En otro lugar (453) hemos refutado á los que con aparato científico han combatido la inmortalidad é indestructibilidad del alma. También se han empleado razones científicas contra la existencia de la vida futura; pero estas razones son tan mezquinas, que causa admiración ver cómo esos sabios las han tomado en consideración. Sobre este punto dice STRAUSS: “Tratándose de la existencia de tantos millones de millones de seres vivos, no se puede dejar de preguntar, dónde podrán hallar estos seres sustento. La Astronomía nos ha hecho prescindir del espacio del cielo para poner en él el trono de Dios; la parte interior de la tierra se compone de materias que la ocupan toda, y, por consiguiente, tampoco hay sitio para el infierno. ¿Acaso podrá el infierno estar en los astros? Pero si allí puede haber seres racionales, estos seres ya habrán nacido; y las almas que de aquí fuesen allá, formarían colonias que inva-

dirían el terreno ya poseído.¹ Pero si se advirtiera á este dogmatizador que no se trata precisamente de la duración de los seres corporales, y que, en general, no hay ninguna relación de espacio entre esta vida y la otra, nada tendría que contestar, sino únicamente podría decir que el espíritu humano, de ser algo, tiene que ser un cuerpo, fundándose en la siguiente proposición: "Nada es incorporeal, sino lo que no es," proposición que pretende haberla aprendido de un Padre de la Iglesia, "algo loco, añade, aunque adornado de gran ingenio," Imposible habría sido figurarse que el Salmista del Antiguo Testamento hubiera aludido á ciertos sabios del siglo XIX cuando dijo: "No seáis como el mulo y el asno, que no tienen entendimiento," (S. XXXI, 9.)

Contradicciones como las de STRAUSS sólo pueden tener algún sentido en cuanto se dirigen contra ciertos conceptos que se han unido accidentalmente con la verdad en hombres poco sospechosos. Es muy natural al hombre reducir á la unidad del concepto que forma del mundo todos sus conocimientos, ya sean verdaderos, ya sean falsos. Así algunos, cuando el sistema de PTOLOMEO estaba en boga entre los sabios, asociaron ciertos conceptos al de la existencia de otra vida, y aun quizás les atribuyeron cierta dependencia orgánica, que después se ha probado que es errónea. ¿Pero qué persona racional se extrañará de esto? Acerca de la digestión tenían los antiguos ideas equivocadas, y, sin embargo, no por eso hemos de dejar de comer y beber. Lo que se dice del lugar, es aplicable á las otras circunstancias y condiciones del estado futuro. Es verdad, y se ha de creer desde luego, que las representaciones que aquí tenemos de la otra vida no corresponden á la realidad de ella. El hombre sensible todo lo recibe de imágenes sensibles; lo cual basta para comprender que no puede formar verdadero concepto del gozo universal y purísimo del espíritu. SWEDENBORG pretende haber percibido en una visión cómo son felices en la otra vida los diferentes hombres, cada uno de ellos á su manera. Unos mantienen sabias pláticas entre sí; otros cantan y se alegran; otros se sientan vestidos con magníficos ropajes en tronos de oro, y otros comen y beben. Pero con todo esto es tan grande el fastidio que sienten, que no hay cosa que más vivamente deseen, que salir de aquella bienaventurada vida. El profesor WUNDT cita este pasaje, y hace la siguiente observación: "No hay duda que muchos hombres no sólo representan de esta manera la felicidad, sino que se quedan satisfechos con esta representación; bástaes, en efecto, para reputarse anticipadamente felices, las pláticas discretas, los cánticos de alabanza, el verse sentados en tronos rea-

¹ La antigua y la nueva fe, pág. 88, 9.ª edición.

les, comer y beber; pero la satisfacción real de sus apetitos engendraría en ellos descontento¹. ¿Qué hemos de añadir nosotros? Frecuentemente se oye en el campo de la ciencia atea el postulado de la diferencia entre la cáscara y la substancia. Por cáscara se tiene la fe en Dios y en la inmortalidad, y en general, toda consideración del mundo; y como substancia estos sabios nos presentan sus respectivos ensueños. ¿Pero por qué no se aplica cada uno de ellos á sí mismo esa diferencia en aquello que debe ser aplicada? ¿Por qué no se mantiene como elemento substancial la verdad objetiva, fundada en sólidas razones, después de haberla separado de exposiciones y especies anticuadas de la naturaleza y de representaciones metafóricas?

Nunca llegará la ciencia que se afana en servicio de intereses animales á arrebatar al hombre su convicción de una vida mejor. En esa otra vida están las regiones de luz que el hombre anhela y desea vivamente. Desde allí nos vienen rayos luminosos que alumbran el obscuro sendero de nuestra vida, que dan á nuestro corazón el consuelo de la esperanza, y agujonean nuestro celo para que santifiquemos la conciencia. Nuestra felicidad en esta vida es la felicidad del viajero que, á pesar de las dificultades del camino, se alegra interiormente, sabiendo que el camino que sigue le conduce á su amada y deseada patria. Las obras que debemos practicar y las que debemos omitir en esta vida ofrecen dificultades, pero son el camino que nos conduce á unirnos con Dios. No se tema que en este camino la virtud pierda su dignidad, en cuanto es medio de alcanzar la bienaventuranza. El estado de perfección en esta vida supone el más profundo aprecio y el amor más puro al bien sumo absoluto, y, por consiguiente, al bien moral perfecto. El bien moral en esta vida nos prepara para llegar á ese estado; además, está unido con una disposición á sacrificar los placeres sensibles y los atractivos terrenos. Esto lo queremos sin duda en concepto de medio; pero esto tiene también el mérito de verdadero bien moral. Nace de un deseo que coincide con el amor del sumo bien; y con el deseo de esa felicidad está unido naturalmente el sentimiento, según el cual apreciamos y queremos sobre todas las cosas el bien absoluto que se nos manifiesta en las ideas morales y por estas mismas ideas. ¿Mas no abatirá y echará á tierra á las pobres criaturas el sentimiento de sus pecados y flaqueza de tal suerte que dejen de luchar y aspirar á tan alto y dichoso fin? Esta pusilaminidad nacería del orgullo ofendido; para los orgullosos no es la dicha eterna. El sentimiento de la propia culpa que se funda en la virtud, no oprime á nadie, antes eleva á quien

¹ Lecciones sobre el alma de los hombres y la de los animales, Leipzig, 1863, II, pág. 328.

lo experimenta: Dios, que es infinito, habría tenido medios de impedir los extravíos de los hombres, si no hubiera querido mostrarles su infinita misericordia. Ciertamente, aun las mejores virtudes de los hombres son pobres y miserables. Recordemos á este propósito las hermosas palabras de F. W. WEBER.

«Propicio te soy, hijo del hombre, aunque tu virtud no sea pura como el oro, aunque no sea tan pura como el rayo de luz en el cielo azul, aunque sea muchas veces hija enfermiza del dolor, de la necesidad, de la flaqueza y del amor propio: un tallo salvaje da fruto también salvaje. Eres tan bueno como lo permite el polvo de donde procedes. Si tus alas se cansan, es porque el polvo oprime al polvo, mientras se adhiere pesado á tus pies. Pero más alto término alcanzará tu vuelo, si va en pos del hijo del Rey y de su llamamiento. ¡Consuélate, pues! Tu Dios, que te crió débil, te será más propicio á ti que á los otros hombres.»

■ ■ ■ De seguro no se nos opondría objeción ninguna en este punto, si no quisiéramos prestar especial atención al Cristianismo en una filosofía que trata de la solución de los grandes enigmas de la naturaleza; pero no creemos merecer censura alguna porque en el camino de nuestras consideraciones acerca de la filosofía natural miramos á ese santo sol que realmente resplandece en el firmamento de nuestra vida. Apenas conocemos un escritor de filosofía natural, que no haya traído el Cristianismo al terreno de sus consideraciones. De todos modos, es muy grande el interés de la religión cristiana, con sus santos misterios y profundas enseñanzas, para que no preguntemos, qué lugar tienen en el Cristianismo los conceptos que acerca de la filosofía natural hemos expuesto.

Para responder á esta pregunta recordaremos, en primer lugar, que el carácter del Cristianismo es esencialmente sobrenatural.

Dos condiciones se requieren para que una cosa sea sobrenatural en toda la extensión de esta palabra; en primer lugar ha de ser obra de Dios, que sobrepuje á todas las fuerzas de la naturaleza creada; en segundo lugar se requiere que, mediante esta obra de Dios, reciba la criatura algo superior á todas las exigencias y necesidades de la naturaleza. Por consiguiente, sería natural respecto de los hombres lo que está contenido en la esencia del hombre, ó lo que puede y debe ser conseguido con solas las fuerzas propias de él para que no le falte cosa alguna sin la cual sería hombre incompleto. Es sobrenatural aquello que aventaja y supera á todas las fuerzas humanas, y que comunica al hombre alguna perfección que no exige su misma naturaleza. Es, por consiguiente, muy de notar que no es lo mismo natural que corporal, y que no se ha de dar el nombre de *sobrenatural* á lo que es simple-

mente espiritual ó invisible ó suprasensible. La «fuerza», es cosa suprasensible; la «sabiduría», es cosa espiritual; pero ni la «fuerza», ni aun la «sabiduría», son cosas sobrenaturales. Ni aun á toda virtud y perfección moral se puede dar el nombre de *sobrenatural*, porque este concepto de sobrenatural significa una perfección sin la cual el hombre sería siempre hombre. Ni aun el mismo Dios, considerado como objeto de la actividad de nuestra alma, es absolutamente sobrenatural, porque Dios no es inaccesible á nuestro entendimiento y voluntad natural: hay, por consiguiente, culto y piedad que son naturales¹.

Ahora decimos: el Cristianismo es sobrenatural. Toda la naturaleza es en su esencia una revelación de Dios al mundo. Así como el palacio real que se admira en lo exterior, da al viajero idea del poder y de las riquezas del Príncipe, así la magnificencia del mundo nos mueve á considerar lo grandioso del Criador. En el Cristianismo el mismo Dios se ha revelado como quien es, infinitamente superior á la naturaleza; no sólo ha puesto fuera de sí una obra de su omnipotencia, sino ha querido hacer manifiesto lo que hay más íntimo, la esencia del mismo Dios. Debemos conocer á Dios tal como él es, y Dios es el amor infinito; nosotros, miserables criaturas, debemos entrar en relación la más íntima y familiar con Dios; este es el designio de un amor que excede por completo á las fuerzas de nuestro entendimiento. «Movido por su infinita bondad—dice el Concilio Vaticano—Dios ha ordenado al hombre á un fin sobrenatural, á tener parte en los bienes divinos que sobrepujan á toda la fuerza del espíritu humano». Desde este punto de vista quiere el Cristianismo ser juzgado juntamente con las verdades que enseña y las gracias que ofrece; el Cristianismo quiere elevarnos á una altura para llegar á la cual no hay en la naturaleza ni siquiera el primer peldaño.

Para al decir que el Cristianismo es absolutamente sobrenatural, no se dice que todas las verdades cristianas sean enteramente ajenas de las verdades naturales; pues el mismo Dios que ha revelado en el Cristianismo su propia esencia y su amor, es quien ha impreso en la naturaleza las huellas de su omnipotencia, de su ser infinito, inmenso y eterno. El hombre, que en el Cristianismo debe ser exaltado á un destino muy superior á la naturaleza humana, vive con todo su ser en la naturaleza, está como sumergido en ella y, por decirlo así, crece con ella en su parte sensible. El Cristianismo considera al hombre tal como es en la realidad de la vida; le respeta considerando su flaqueza, le respeta aunque haya pecado. El concepto cristiano de la vida no mira con indiferen-

¹ KLAUTOWEN, *Theolog.* d. I. 1022, II, pág. 12.

cin que el hombre haya abusado de su libertad, manchando su alma con la culpa; pero no le desprecia por eso, como no se desprecia una piedra preciosa porque se haya caído en el lodo. El Cristianismo infunde alientos al que ha caído en el pecado, y le invita á que se levante confesando humildemente sus culpas y haciendo actos heroicos de humillación. Con estos nobles actos de la libertad humana, que se hacen en el tribunal de la penitencia, se levanta como en firmísimo fundamento el edificio de las más sublimes é ideales virtudes.

En segundo lugar, se ha de tener presente que el orden sobrenatural, tal como se nos manifiesta en el Cristianismo, no impide á la naturaleza su perfección, sino antes bien es el fundamento de esta perfección. Sin duda, puede Dios intervenir en el curso de las cosas naturales con miras sobrenaturales; pero esta intervención, como en otro lugar hemos visto (núm. 708), conserva siempre el carácter de excepción; nunca faltan al Todopoderoso medios y caminos para alterar el orden de las cosas naturales. En el curso ordinario lo sobrenatural está unido á lo natural. Si Dios quiere, por ejemplo, en el orden sobrenatural, que todos los hombres sean bienaventurados, esta voluntad presupone el orden natural de las cosas; Dios no se obliga á dirigir siempre las cosas mediante una intervención inmediata de manera que aquel deseo sobrenatural de la salud se vea siempre cumplido. Lo más que puede sostenerse es que Dios está dispuesto de un modo especial á intervenir en lo natural en favor de la excepción y en gracia de la oración.

Ordinariamente quiere Dios que las cosas naturales sean medio para las sobrenaturales; mas quíerelo sin violentar la noble naturaleza de ellas. Cuando la naturaleza es elevada al orden sobrenatural, recibe aun aquella perfección que corresponde á la misma en su propio dominio. El Cristianismo quiere hacer de los hombres buenos cristianos; pero los buenos cristianos son al mismo tiempo buenos hombres. Comunicadas al hombre verdades que exceden á la naturaleza y á la razón humana, son confirmadas al mismo tiempo en él, con toda la autoridad de Dios, que se las revela, las verdades fundamentales que son la base de una vida moral y religiosa naturalmente buena. Partiendo de esta base tenemos una idea clara de nuestros principales deberes, y un claro conocimiento de motivos bastante poderosos para inducirnos á permanecer fieles á nuestro deber en medio de los combates de la vida. *Videó meliora proboque, deteriora sequor.* Grandes son las dificultades que lleva consigo el cumplimiento del deber, y es harto vehemente la fuerza de la concupiscencia para que podamos observar siempre y en todo la ley moral y vivir vida digna de

hombres, si no tenemos ante los ojos del alma las recompensas preparadas á la fidelidad y los castigos gravísimos que amenazan á los que desoyen la voz de su conciencia. Además, tenemos la entera certeza de que todos los pecadores pueden, antes de morir, reconciliarse con Dios, á quien han ofendido; así como tenemos noticia clara de lo que debemos hacer para reparar el agravio inferido por la culpa á la santidad del divino mandamiento. Con todo esto va unido el claro conocimiento de la existencia de Dios como sumo Señor y custodio del orden moral, y de que esta vida es el dintel de la eternidad, en la cual viviremos siempre, eternamente felices ó eternamente desdichados. Todas estas verdades y otras semejantes deben sernos propuestas de una manera clara y precisa, para que según ellas podamos dirigir nuestra vida terrena, que sólo hemos de vivir *una vez*. No admite duda que nuestra razón es capaz de conocer estas verdades con tal certeza, que nos sea dado absolutamente, aun sin auxilios sobrenaturales, vivir una vida digna del hombre. ¿Pero se daría en la práctica esta posibilidad sin el auxilio de la divina revelación? ¿No sería muy de temer que, con tantas dificultades, y siendo tanta la flaqueza humana, no empleáramos los medios y fuerzas naturales para alcanzar la verdad y vivir según ella? Aquí viene en nuestro auxilio la misericordia divina, y, por el camino de la autoridad, nos ofrece un auxilio sin el cual sería moralmente imposible para la mayor parte de los hombres vivir vida digna de seres racionales.

218. Hemos llegado propiamente al fin. Hemos contemplado con espíritu reflexivo todo el edificio de la Filosofía natural hasta en sus alturas más elevadas. Así como una catedral eleva las flechas de sus torres hasta las nubes sobre la superficie de la tierra, así la naturaleza nos ha levantado en nuestras reflexiones filosóficas sobre todo el sistema del universo sensible, ó si se quiere, nos ha hecho penetrar á través de la superficie del mundo visible hasta el origen y fundamento de la naturaleza. Verdaderamente no podía menos de ser así, pues la Filosofía es el conocimiento de las cosas en sus razones, en sus causas primeras y último fin, las cuales razones, causas primeras y fin último, hemóslas encontrado en Dios. La idea de Dios comprende y abarca todas las cosas. Todos los problemas de la naturaleza se refieren á un problema fundamental, y la solución de este problema fundamental es Dios.

El hombre pertenece también á la naturaleza como su más noble flor, como su más preciosa joya. De las relaciones del mundo con Dios podemos inferir las relaciones de Dios con los hombres y la naturaleza de las relaciones que deben mediar entre el hombre y Dios. Todas estas ideas forman entre sí un todo, de suerte que no se puede llegar á las unas sin partir de las otras, ni llegar

á éstas sin haber partido de las primeras. En esto consiste el más noble oficio de la naturaleza, en conducir á los hombres á Dios, en servir como de pedestal de aquellas santas relaciones que debe haber entre Dios y el hombre. Estas santas relaciones suelen ser designadas con el nombre de *religión*. Partiendo de la naturaleza, llegamos, siguiendo el curso natural del pensamiento, al terreno religioso; por eso no vacilamos en decir que el más bello encargo de la naturaleza es conducir á los hombres á la religión. Desgraciadamente hay una ciencia moderna que retrocede horridamente ante esta conclusión. Se quiere ciertamente el conocimiento de la naturaleza, pero sólo para aprovecharse de sus férreas leyes con el fin de alcanzar la mayor comodidad posible de esta vida terrena; pero no se quiere deducir de la existencia misma de la naturaleza la existencia necesaria de una religión que no se avenga con sus inexorables exigencias. Se quiere también una religión; pero sólo aquella religión que permita y no impida la satisfacción de los sentidos. No creeríamos haber cumplido del todo nuestro propósito si no intentáramos poner á cubierto á la religión, fruto el más noble de nuestras actuales investigaciones, contra los ataques de la ciencia moderna.

Acaso se nos preguntará, qué relación tiene la religión con la Filosofía de la naturaleza. Confesamos que aquí podríamos cortar el hilo de nuestras investigaciones acerca de la Filosofía natural, sin temor á que se nos diga que no hemos llegado al término del trabajo que nos habíamos propuesto. Sin embargo, creemos que se nos permitirá añadirle un complemento. Las consideraciones que siguen á continuación no constituyen una parte esencial de lo que ordinariamente se llama Filosofía de la naturaleza; sin embargo, pertenecen á ella como los frutos al árbol, como las consecuencias á las premisas. Esta conexión nos servirá, dentro del círculo de las ideas en que nos movemos, para fijar nuestra atención en la parte más importante á donde nos ha conducido el discurso filosófico. Considerando el sumo interés de este asunto, especialmente en nuestros tiempos, tendremos por mal menor el cargo que pueda dirigírsenos diciendo que tratamos de cosas que en sentido estricto no pertenecen á la Filosofía natural.

Que la religión se muestra cada vez más en primer término en todas las cuestiones, es un hecho en que están conformes escuelas filosóficas contrarias, el incrédulo E. v. HARTMAN, por ejemplo, y el cristiano creyente FEDERICO HEMAN. Este autor empieza su notable exposición *Sobre los ensayos científicos de nuevas formas religiosas* con las siguientes palabras: "Así como en la actualidad se mueven poderosamente los varios elementos de la vida espiritual y material; así como se desarrollan fuerzas nuevas desco-

nocidas hasta ahora, así la religión, ahora más que nunca, obra en el centro de la vida espiritual del mundo. Donde quiera que surge alguna grave cuestión política, ó social, ó científica, allí, en el fondo de ella, formando como su médula, hallamos una cuestión religiosa, que pronto se muestra como un resorte de extraordinaria fuerza. Precisamente en nuestro tiempo, en que á tan alto grado ha llegado la cultura de la vida material, el impulso religioso muestra nuevo y mayor vigor, como si el hombre presintiera que lo único que puede servir de garantía para lo porvenir, en medio del vaivén de todas las cosas y de la caída de las antiguas instituciones más sólidamente establecidas, entre la espantosa confusión que precede á todas las grandes novedades, está en lo suprasensible y supramundano, que aprehende nuestro conocimiento metafísico para ponerlo como fundamento de la religión. En tal estado de cosas, hay razones más que suficientes en pro de nuestro intento.

